

Monstruos del mar

VV. AA.

Una antología NOCTE
ideada y coordinada por Víctor Conde



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#monstruosdelmar

Colección: Tombooktu Fantasía y Terror
www.fantasiayterror.tombooktu.com
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:
www.nowtilus.com
Si eres escritor contacta con Tombooktu:
www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Mostruos del mar*
Autor: © Asociación NOCTE

Copyright de la presente edición en lengua castellana:
© 2014 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid
Diseño de cubierta: eXpresio estudio creativo

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN Papel: 978-84-15747-33-8
ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-510-7
ISBN Digital: 978-84-9967-511-4
Fecha de publicación: Enero 2014

Impreso en España
Imprime: Servicepoint
Depósito legal: M-30787-2013

Sirenas, monstruos legendarios, tritones, nereidas, serpientes, leviatanes, lamias, terrores primarios asociados con los abismos profundos y azules... El miedo al mar infinito y oscuro ha llevado al ser humano a concebir las más espantosas pesadillas acuáticas, y a darles forma de mujer, de pez, de escamosas criaturas humanoides... Horrores ocultos que habitan nuestra memoria colectiva desde que el ser humano aprendió a mirar al mar y a temer sus misterios.

Ahora, catorce de los mejores escritores de terror de España, pertenecientes todos ellos a la asociación NOCTE, han dado rienda suelta a su imaginación para arrastrarnos por esos tenebrosos piélagos, para sumergirnos en el terror más puro y en la poesía más sobrecogedora, y hablarnos así de los misterios más antiguos que el hombre ha conocido: los que se esconden bajo la engañosamente plácida cadencia de las mareas.

Para Ruth, por tener tanta paciencia.

Glu, glu, glu.

Índice

Prefacio	13
La mujer del mar Anna Morgana Alabau	17
El canto de Azalea Carlos L. Hernando	25
El día que dije no a un imperio o Verdades de una botella Ángel Luis Sucasas	33
El monstruo era ella Jacobo Feijóo	51
La mujer de agua Laura Luna	57
Aguas marrones David Marugán.....	69
La canción de las gaviotas Juan José Hidalgo	77

En sus sueños, mar adentro	
Juan Ángel Laguna Edroso	109
Arkhangelsk	
Ángel Villán	123
El faro del acantilado	
Joaquín Fernand	155
Este barco nunca dormirá	
José Alberto Arias	173
La sirena	
José Luis Cantos	191
La llamada de Dagón	
Rubén Serrano	199
El canto de la lamia	
Mikel Rodríguez	239
Biografías de los autores	251

PREFACIO

Yo he vivido toda mi vida en una isla. Nací isleño, soy isleño y siempre pensaré y viviré como un isleño. Y aun así tengo miedo del mar.

El mar es un ente extraño, un poso de misterios que ha cautivado desde tiempos inmemoriales la imaginación humana y no siempre para bien. El mar es como una cortina opaca sobre la que navegamos, sobre la que podemos desplazarnos para viajar a lugares remotos, pero que esconde mil promesas de peligro. De todos los entornos naturales posibles, el mar es el único que es capaz de esconder algo terrible a pocos centímetros de ti e impedir que lo veas hasta que ese *algo* asoma la nariz y abre una inmensa boca festoneada de colmillos para devorarte. ¿Nunca te ha entrado pánico al asomarte por la borda de un barco, dejando que tu mano rasgue plácidamente la superficie reflectante de las aguas y pensar que justo debajo de ti pueden estar nadando criaturas monstruosas?

Si los antiguos griegos y cartagineses, hombres muy duros y veteranos navegantes curtidos desde niños en los peligros de los mares ignotos, le tenían al agua un respeto rayano con el terror, hoy en día, nosotros (patéticos blandengues de oficina que lo más exigente que hemos visto es una máquina de hacer kilómetros en un gimnasio) no deberíamos perder esa perspectiva.

A principios de 2012 tomé la decisión de continuar con mi saga de revisitación de los monstruos clásicos del terror. Por aquel entonces, la saga constaba de dos novelas publicadas, una sobre el zombie y otra sobre el licántropo medieval. Mucha gente me preguntó qué monstruo sacaría a continuación la papeleta ganadora.

¿Sería el vampiro, con toda su elegante pero mortal aristocracia? ¿Desempolvaría sus vendajes la momia egipcia con rasgos a lo Karloff, o saldría a relucir algo más esotérico como el fantasma victoriano de etéreas vestiduras?

Al final fue una de las criaturas que menos habría imaginado, incluso yo mismo: la sirena. No sé qué tiene ese monstruo en concreto que nos retrotrae a una época anterior, más atávica, tanto histórica como espiritualmente. Tal vez sea su protagonismo en la epopeya del gran Odiseo lo que la conecta con la raíz pura del imaginario fantástico occidental. O esa misteriosa dualidad mujer-monstruo, belleza-muerte, diosa-monstruo, que tan atractiva y a la vez aterrador resulta para los hombres modernos. Incluso estuve a punto de abandonar el proyecto cuando alguien me dijo que cierta autora muy famosa de novelas juveniles iba a dedicarle su próximo libro a una sirena (yo siempre he querido huir de modas y tendencias, y si me entero de que tal o cual tema está a punto de ponerse de moda en el mundo literario, lo aborrezco como al estiércol de vaca). Sea como fuere, al final la chica guapa con cola de pez se llevó el premio de la lotería y comencé una nueva novela con ella de protagonista.

Para apoyar la idea de recuperar el iconostasio de la sirena histórica, la que de verdad da miedo, alejada de las idioteces modernas de la literatura comercial, acudí a mis compañeros de la asociación NOCTE, un grupo de escritores de literatura de terror que sabía que iban a llevarnos a costas nunca surcadas por la pluma y la tinta. Y ellos respondieron de forma entusiasta... quizá más de lo que yo mismo esperaba, como comprobarán a tenor del grosor del presente volumen. Fue lanzar en la lista de correo de NOCTE la llamada, y durante los meses siguientes llovieron sin cesar en mi correo un cuento detrás de otro, cada cual más distinto e inquietante que el anterior.

En estos cuentos encontrarán aproximaciones muy diversas al mito original de la sirena. Leerán historias inquietantes, otras terroríficas, otras románticas, otras divertidas, otras conectadas con universos familiares e incluso algunas de ciencia-ficción. La consigna fue: escribid historias que jueguen con el concepto clásico de la sirena, pero alterándolo, manipulándolo, esculpiéndolo y disfrazándolo al máximo, de modo que logréis un acercamiento lo más innovador posible.

Creo sinceramente que lo han conseguido. Pero es que la cosa no se quedó ahí, sino que poco tiempo después se amplió.

Después de recibir los primeros cuentos, decidimos que el concepto «sirena» (aún en sus distintas encarnaciones mitológicas e históricas, léase merrows, náyades, nereidas, etc., —¿sabían que según ciertas leyendas del siglo XIV, algunas sirenas medían centenares de metros de longitud y parecían calamares gigantes?—) se quedaba muy corto para todo lo que queríamos contar sobre el mar. Así que tomamos una decisión drástica, que cambiaba completamente el objetivo de esta antología: Ya no sería únicamente la sirena la protagonista de las historias, sino que dábamos carta blanca a los autores para que escogiesen su monstruo marino favorito.

Y ahí fue cuando la cosa se desmadró, en el buen sentido de la palabra.

Fue entonces cuando entraron en juego los pulpos gigantes, los leviatanes, las lamias, los profundos de Lovecraft e incluso unos cuantos Primigenios más. Hasta el mismísimo Océano como ente y concepto acude para protagonizar su propia historia. Y la antología se enriqueció, porque se volvió más ecléctica. Y ya no se llamó por más tiempo «antología de sirenas» sino «los monstruos del mar», que suena mucho más variado.

Así pues, os invito a pasar la página y abrir este cofre de tesoros, más de uno de los cuales encerrará una terrible maldición que os subyugará para siempre. Asomaos por la borda de esta pequeña y frágil barca de sueños, dejad que repose con placidez vuestra tierna mano sobre la cristalina superficie del agua... que algo informe y gelatinoso, tenedlo por seguro, ascenderá desde las gélidas profundidades para amputároslo. Avisados quedáis.

LA MUJER DEL MAR

Anna Morgana Alabau

Después de que una ola furiosa rompa contra las piedras del muelle o devore a su paso los guijarros de la playa, se crea en el agua un remolino con la misma fuerza exacta, con el mismo poder de destrucción, que arrastra hacia su interior todo cuanto le rodea. Es un hecho innegable, una verdad que todo pescador debería comprender. Aun así, para algunos existen evidencias veladas a nuestros ojos hasta que nos encontramos en el centro mismo de la espiral de muerte y caos que nos arrastra hacia lo más profundo del sufrimiento. Entenderlas entonces no significa nada.

Megara solía mirar el océano al otro lado del cristal resquebrajado de la cocina. Cerraba los ojos e inhalaba el yodo y la sal que se colaban por las pequeñas grietas del vidrio y por la madera hinchada del marco de la ventana. Podía pasarse allí horas, contemplando el vaivén de las olas bajo los barcos pesqueros. Durante aquellos momentos parecía estar en una paz absoluta. Sus ojos adquirían la profundidad y el azul oscuro del mar. Peinaba su pelo rojo con los dedos, cortos, unidos por unas pequeñas membranas cerca de las palmas, y sus labios reseguían incansables palabras que ya no podía pronunciar. Jamás, en ningún otro instante de su existencia en esa casa, había estado tan hermosa como en aquellos momentos de contemplación. Cuando me sorprendía observándola,

sin embargo, su gesto se ofuscaba y se oscurecía, sus labios se contraían en una mueca de profundo desprecio y sus facciones se endurecían de tal manera que mirarla llegaba a doler.

Yo solía disculparme con un ademán avergonzado, rascarme la cabeza con nerviosismo o mirar al suelo con tanta insistencia como si pudiera arreglar la madera carcomida. Pero no podía, así que me limitaba a dejar mis aparejos de pesca a un lado de la puerta, quitarme las botas de agua junto a la alfombrilla de la entrada y mirar de reojo a aquella mujer cuyo odio sentía arañarme la piel y que era lo único valioso que había conseguido en toda mi vida.

La perspectiva del tiempo añade otro punto de vista a las vivencias, aunque ello no nos hace más sabios, sino más culpables. La verdad de lo que Megara era, de dónde venía, de las consecuencias que podía acarrear haberla conseguido, había estado siempre allí y yo lo sabía; pero no podía evitar quererla desde el instante en que la vi, a pesar de lo que suponía.

Los primeros meses habían sido difíciles y felices, a partes iguales. Cualquier cosa que deseara, ella la cumplía sin desagrado ni malevolencia. Su sonrisa iluminaba cada rincón de la oscura cabaña al pie del acantilado. Algunas veces, cuando una tormenta cruel se desataba en el horizonte y parecía que el mundo fuera a llegar a su fin, Megara se acurrucaba contra mi pecho hasta que las olas dejaban de fustigar la playa. Por la mañana, el mar nos regalaba las riquezas arrebatadas a algún barco naufragado, cosa que nos permitía arreglar nuestra pequeña casa y vivir holgadamente durante algún tiempo, tras el cual otro naufragio premiaba de nuevo nuestro amor y nuestra constancia. O así lo quise creer.

No obstante, tras cada tempestad la cordura de Megara parecía menguar un poco más. Sentada tras la ventana de la cocina, contemplaba las riquezas esparcidas por las olas a la luz del amanecer y, tan pronto como yo salía a recoger los frutos que nos ofrecía el implacable mar, revolvía desesperadamente cada rincón de la cabaña, haciendo pedazos cualquier obstáculo con el que se encontrara en su irrefrenable aunque infructuosa búsqueda. Cuando entraba de nuevo en la cabaña, con las manos y los bolsillos repletos de oro, joyas o especias

con las que comerciar, el tiempo parecía detenerse en su mirada azul, la misma que, con el tiempo, se volvió tan negra como su alma atormentada. Las lágrimas que brillaban en sus mejillas reflejaban como espejos un dolor del que no quise darme cuenta hasta que fue demasiado tarde.

En las noches que sucedían a aquellos días me dejaba llevar por la compasión y permitía que mi esposa saliera de la cabaña. Megara caminaba descalza por la playa, junto a los cuerpos de los náufragos que todavía no había enterrado, hasta que los guijarros le hacían sangrar los pies. Le bramaba a la luna, reflejada sobre las aguas del mar en calma, hasta que la melancolía se apoderaba de ella de tal manera que tenía que impedirle que se arrojase a las olas y desapareciera en las oscuras profundidades del océano.

En una de aquellas ocasiones, observando su mirada vacía vagar por los espacios de una casa que no parecía reconocer, se me ocurrió una idea que, esperaba, cambiaría a mejor nuestras vidas. Fui un estúpido al pensar que un niño llenaría de luz nuestro hogar y de calor su corazón.

La noche que lo concebimos, la calma del mar parecía algo sobrenatural. Pensé que aquello sería un buen presagio para nuestro hijo, pero no podía estar más equivocado. En vez de mirar las aguas del océano y la carne blanca y hermosa de la mujer que yacía bajo mi peso, tendría que haber visto las lágrimas que vertían sus mudos alaridos; tendría que haberme dado cuenta de la frialdad que emanaba su piel.

Supongo que Megara sospechó enseguida su estado, aunque no me lo quiso confesar. Las dudas la asediaban y la mantenían en vela todas las noches, dejándola tan exhausta que apenas sí podía tenerse en pie. Sin embargo, cuando tuvo la certeza de que llevaba a mi vástago en las entrañas sacó fuerzas de su maldad, de la locura y del odio e intentó asesinarlo. Aquella tarde, al volver a casa con una captura inmejorable, encontré a mi esposa tendida sobre el suelo de la cabaña, con el sentido desvanecido y un río de sangre manando profusamente de su vientre.

Jamás hasta aquel instante había sentido la verdadera garra del pánico alrededor de mi alma. La levanté a pulso y la llevé

al baño. Lavé su cuerpo lo mejor que supe e hice que vomitara para limpiar su estómago de lo que fuera que hubiese tomado. La mirada desvaída que me dirigió en aquel instante me atormentará toda la vida. La llevé hasta la cama y velé su sueño hasta que la conciencia volvió a despertarla. Entonces supe que su intento no había funcionado, que mi hijo seguía vivo en su interior, y ella también lo supo. Tuve que encadenar sus manos a la cabecera para que no volviera a intentarlo y permanecí en casa hasta que hubo parido. Verla de aquella manera, oír su voz susurrarme clemencia o muerte, me torturaba de una manera que no creí posible soportar.

Cuando por fin tuve a mi hijo en brazos, cuando sus ojos vivaces se abrieron al mundo desde mis manos, creí que la suerte había vuelto a nuestras vidas para quedarse, y no pude más que llorar de felicidad. Megara lloraba también, postrada en la cama como lo había estado los últimos ocho meses. Quise creer que compartía mi dicha; lo quise de verdad.

—Tienes que cuidarlo. Tienes que quererlo —recuerdo que le dije la primera vez que le permití sostenerlo en sus brazos—. Es tu hijo: sangre de tu sangre.

Megara lo miró mientras lo mecía con la suavidad del oleaje en calma y puedo asegurar que algo en ella cambió. La serenidad volvió a su mirada azul y en sus labios se pintó de nuevo una sonrisa.

—¿Qué nombre le quieres poner? —le pregunté, pensando que si accedía a nombrarle ya nunca podría hacerle daño. Ella me miró confusa, como si no hubiese entendido el significado de mis palabras. Miró el niño de arriba abajo y de nuevo a mí.

—Es tan blanco —dijo con tristeza, y sus palabras me hirieron como un arpón, porque sabía qué había esperado al saber que su bebé era un niño—. Es hermoso —repuso, antes de romper a llorar sin que la tristeza ensombreciera esta vez su llanto.

Dimos a nuestro hijo el nombre de Morgan en honor al mar, y le vimos crecer año tras año hasta que la vida se volvió de nuevo insostenible para Megara, y el odio y el rencor llenaron otra vez su corazón.

Cada día que nuestro pequeño y yo salíamos a la playa en busca de los regalos del mar, Megara se enzarzaba nuevamente en las irracionales quimeras que la hacían arrasar nuestro hogar en el vano intento de hallar algo que no estaba allí. Una noche, sin embargo, cuando las fieras olas bajo un cielo apocalíptico reclamaban las vidas y los tesoros de otro navío para otorgárnoslos por la mañana, Megara tuvo la idea que habría de desencadenar el trágico desenlace de nuestras vidas.

Pasó toda la noche acurrucada en un rincón de la cama, como solía hacer durante las terribles tormentas que precedían a los naufragios y, cuando el cielo dejó de clamar, me dijo que quería salir a la playa con nosotros por la mañana y contemplar lo que nos habían traído las olas. Yo, iluso de mí, no pude más que alegrarme pensando que mi mayor deseo se había cumplido y que Megara aceptaba su vida tal y como era junto a nosotros. De modo que accedí.

La cosecha del océano aquella clara mañana de marzo fue mayor que ninguna otra en todos los años que había compartido con mi esposa. Morgan y yo salimos corriendo de la cabaña para empezar a llenarnos ávidamente los bolsillos con cuanto pudiéramos abarcar, pero Megara, práctica como sólo puede serlo una mujer, salió a la playa cargada con un capazo y el cubo de pesca. Recuerdo que la abracé al verla aparecer con todo aquello por la orilla de la playa, y que la quise todavía más por la sonrisa que se le había pintado en la cara.

Nos dejó, a nuestro hijo y a mí, recogiendo anillos y monedas mientras volvía a casa a por la cesta de mimbre en la que solíamos colocar la leña durante el invierno. Salió de nuevo con la cesta del brazo como la auténtica mujer de un pescador. Su pelo se mecía al viento, al son del suave oleaje, y sus pies descalzos pisaban la playa como si flotara en vez de caminar. Recogimos riquezas durante un buen rato; nunca habíamos recuperado tantas. La risa infantil de nuestro hijo era como una melodía hipnotizadora, tanto que perdí de vista a Megara. Si hubiese reparado en el camino hacia el que se dirigían sus pasos, todo habría sido distinto. Aunque quizás sólo habría retrasado lo que hoy sé que era inevitable.

Aquella noche, cuando Morgan dormía en su camita, mi esposa y yo separamos y guardamos nuestro pequeño gran tesoro. Megara sonreía de una manera que ya casi no recordaba. ¿Cómo imaginar que lo último que deseaba en el mundo eran riquezas? Estuvimos hablando durante toda la noche como al principio, cuando casi no nos conocíamos, hasta que, apenas dos horas antes del amanecer, nos quedamos dormidos de puro agotamiento. Cuando volví a abrir los ojos, un sol ardiente empezaba a despuntar en el horizonte y Megara, toda odio y llamas, llevaba puesto el sombrero rojo que un día le había robado.

Me sobresalté al verlo, al comprender lo que significaba que al fin hubiese dado con él; mis entrañas se llenaron de terror al descubrir que no podía moverme. Me agité como una de las anguilas que tantas veces había ensartado en mis ganchos. Tenía las manos encadenadas a la cabecera y los pies atados a la cama con redes de pescar.

Una risa gutural escapaba de las branquias que Megara había recuperado; de los dientes afilados y puntiagudos que poblaban su boca ávida.

—No hace falta que grites, mi amor —me susurró con un acento cruel, repitiendo palabras que salieron un día de mis labios—: Nadie puede escucharte.

El infierno de odio, caos, sangre y venganza que desató sobre mí la que había sido mi esposa, la madre de mi hijo, dormido todavía en su pequeña cama, jamás podrá borrarse de mi mente. El dolor de las heridas que Megara me infligió con sus garras, con sus dientes y con su magia me penetró el alma y me sigue retorciendo la carne día a día. Pero de todos los males que desató sobre mí el infernal rencor de aquella mujer del mar y las tempestades, fueron dos los que me provocan el mayor dolor que nadie pueda soportar, en este mundo o en cualquiera.

El primero de ellos sucedió antes de que mi cuerpo desgarrado perdiera el sentido, cuando Megara hundió el cuerpo del pequeño Morgan bajo el agua que llenaba la bañera hasta el borde. Nuestro hijo, mi hijo, pataleó y se sacudió como un

pez fuera del agua, hasta que su cuerpecito se inundó y su madre dejó de empujarle entre lágrimas.

—No puedo llevarle conmigo —siseó como para darme a entender que aquel acto atroz significaba toda la compasión que le quedaba en el alma. Luego abandonó la casa, se despojó de las ropas que le había dado mientras sus branquias se abrían al mar y la larga melena roja adquiría su color verde natural, y se adentró en el océano sin volver la vista atrás.

La segunda de mis condenas fue despertar de toda aquella locura y descubrir que Megara me había devuelto todo lo que yo le había dado. Sentado tras la ventana a través de la que solía observar el mar, habito en un cuerpo que ya no responde a mi mandato, que revive una y otra vez cada punzante momento de nuestra vida en una tortura inacabable. Estoy atado a una silla dentro de esta cabaña inmunda en la que un día encerré a una merrow por mi voluntad y contra la suya, para que cumpliera todos mis deseos y enriqueciera mis manos con la muerte de otros hombres. Comprender qué significa arrebatar la libertad y estar obligado a vivir con las consecuencias de mis atroces deseos me llevará a la locura.

Deseo que ocurra pronto, pero ya no tengo a nadie que cumpla mi voluntad.

BIOGRAFÍAS DE LOS AUTORES

Anna Morgana Alabau (Ripoll, 1983) es escritora de terror, ciencia ficción y fantasía, además de animadora, correctora editorial y miembro de NOCTE. Con una antología propia, *El vástago de las tinieblas y otros relatos* (Eldalie, 2010), ha publicado cuentos en antologías como *Versículos prohibidos* (23 escalones, 2011), *Crónicas de la marca del Este*, vol. II (Holocubierta Ediciones, 2012), *Legendarium* (Tombooktu, 2012) y *Las mil caras de Nyarlathotep* (Edge Entertainment, 2012). Sus aventuras literarias pueden seguirse en su web <http://deliriumtemenz.wordpress.com>

Carlos L. Hernando nunca se ha ahogado, pero si sigue buscando sirenas en mares de asfalto es probable que acabe asfixiado en su propia mente. Mientras llega ese momento, se dedica al periodismo, a la escritura y el desarrollo de videojuegos. Actualmente trabaja como analista de medios freelance para el extranjero. Ha participado en muchas antologías y espera que esta no sea la última. Hace poco ha fundado, junto con otras seis personas y una cabra, un estudio de desarrollo de videojuegos llamado Risin' Goat. La página web del estudio es www.risingoat.com. Su dirección de Twitter: @CarlosLHernando

Angel Sucasas es editor de contenidos y webmaster de Sci-fiworld, ha escrito cientos de artículos en papel para medios como *El País*, *Fangoria* y *Diario de Ferrol* y ha publicado numerosos relatos en antologías como *Historias Asombrosas*, *Calabazas en el trastero: Tijeras*, *Los nuevos mitos de Cthulhu*, *Antología Z6*, *Epic*, *Cryptonomikon* vol. 5, *Las 1000 caras de Nyarlathothep*, *King Kong solidario*, *Body Shots*, *Estrambóticos* o *Cuentos de un futuro incierto*. Es autor de dos novelas: *Hamelín* (23 Escalones, 2011) y *El encuentro* (NGC Ficción, 2011) y una antología de relatos en solitario *Áireán* (Sportula, 2013). Actualmente se encuentra trabajando en su cuarta novela, primera entrega de una saga sobre el mundo de los sueños protagonizada íntegramente por adolescentes.

Jacobo Feijóo es un coruñés licenciado en Derecho, profundo enamorado del terror gótico en general y del mito vampírico en particular. Ha sido premiado en dos concursos de microrelatos (*Páginas de Espuma* y *Círculo de Lectores*) y finalista en un tercero (*Fundación Mezquita de las Tornerías*). Ha participado en varias antologías de cuentos de terror en lengua gallega y ha publicado la novela *Sombras Hambrientas* (*Literaturas com Libros*). Es coautor de dos librojuegos titulados *En la feria tenebrosa* e *Infección*, editados por *Saco de Huesos*. Actualmente, orienta toda su creación literaria a este tipo de literatura lúdica.

Laura Luna (Esplugues de Llobregat, 1984) ha cultivado la escritura desde los nueve años de edad. Miembro de la Asociación Española de Escritores de Terror NOCTE, su primera publicación en papel es el poema «El beso» en la antología *Poemas para un minuto II*, de la editorial Hipálage. Ha participado en las revistas *Ícaro Incombustible*, *Valladolid Fantástica* y *Cuentos de un Futuro inCierto*.

David Marugán es un escritor de relatos de terror, lector compulsivo y aficionado a la historia, miembro de NOCTE (Asociación Española de Escritores de Terror). Ha participado en varios concursos y ha publicado el relato «El informe» en la antología *Calabazas en el trastero: Monstruos de cine* (*Saco de Huesos Ediciones*, año); también ha publicado «Crisantemos» en

Calabazas en el trastero: Día de Difuntos (Saco de Huesos Ediciones); y ha sido finalista del premio Liter Imaginarius 2012 de relatos de terror y del III Certamen de relatos de terror Círculo Rojo, con el relato «Me hace señales». Antología publicada por la editorial Círculo Rojo.

Juan José Hidalgo nace en Málaga en 1984 pero se cría en Torremolinos. Licenciado en Medicina, ha visto sus textos publicados en las revistas *Calabazas en el Trastero: Entierros, Especial: Barker y Empresas; Karma Sensual IV*; y en antologías como *No Tocar, 200 baldosas al Infierno, Sopa de sapos*. Pertenece a las asociaciones NOCTE y ESMATER.

Juan Ángel Laguna Edroso (Zaragoza, 1979), ingeniero químico, inventor del libro de plástico, esgrimista y escritor, actualmente vive en Metz, desde donde dirige la web *OcioZero.com* y trabaja como traductor *free lance*. Es el autor de *Pesadillas de un niño que no duerme, Adraga, Lección de miedo, La casa de las sombras y Caín encadenado* y responsable de la versión en castellano de *Cazador destrieges*. Más información en www.abadiaespectral.com

Ángel Villán (Madrid, 1986) está especializado profesionalmente dentro del sector tecnológico e informático. Comenzó el camino literario con un relato en la *Antología Z vol. I* (Dolmen, 2010), y publicó poco después su primera novela *Infectus* (Editorial Séneca, 2010-2012) dividida en dos volúmenes. Tras ingresar en NOCTE, la Asociación Española de Escritores de Terror, ha aparecido en diversas antologías como *Taberna Espectral* (23 Escalones, 2010), de nuevo en la *Antología Z vol. 3* (Dolmen, 2011) y en *Legendarium* (Tombooktu, 2012). Ha participado en distintos jurados y en otras antologías gratuitas, además de prologar alguna.

Joaquín Fernand es autor de distintos trabajos literarios y cinematográficos. Ha trabajado la novela, el relato corto y la poesía con muy buena acogida por parte de crítica y público; además ha escrito y dirigido varios cortometrajes a partir de sus propios relatos de ficción, ha sido actor en diferentes pro-

yectos cinematográficos, participado en múltiples programas de televisión y radio y trabajado en televisión colaborando en distintos espacios y presentando el suyo propio. Su primera novela *Las almas desnudas de Andrés Caballero* lo reveló como un autor camaleónico cuyas historias se caracterizan por tener elementos de intriga y misterio como hilo conductor, descritas con una prosa muy descriptiva, viva y profunda. El Ateneo de Córdoba, de donde es oriundo, lo distingue como una figura de gran proyección. Con NOCTE ha colaborado en antologías y otros proyectos literarios siendo uno de los miembros más jóvenes de esta asociación. Twitter. @JoaquinFernand

José Alberto Arias Pereira (Bélmex de la Moraleda, 1987), licenciado en Traducción de inglés y máster de Profesorado en la Universidad de Granada. Ha publicado la novela *La traición de Wendy* (Berenice, 2010 - Premio Andalucía Joven) y *Nosotros, que poseemos la tierra* (Premio Diputación de Jaén, 2011). Desde 2007 colabora con numerosos medios on-line como crítico y redactor. Es miembro de Nocte y del equipo de redacción de la revista cultural *La Cuerva*. Ha sido incluido en numerosas antologías de poesía y relato, y durante 2011/2012 disfrutó de una beca para creadores en la Residencia de Estudiantes de Madrid. Su bitácora personal es <http://josealbertoarias.blogspot.com/>

José Luis Cantos (Murcia, 1982). Varios de sus relatos han sido publicados en diversas antologías como *H-Horror*, *Las Crónicas de la Marca del Este*, *Antología Z* (vols. 2 y 6), *Legendarium* o *Calabazas en el trastero: desastres naturales*, entre otras. Es colaborador del portal web *Cultura Hache* y desde el 2012 pertenece a NOCTE.

Rubén Serrano (Madrid, 1970) es periodista y escritor, autor de obras de género fantástico, ciencia ficción y terror. Estudió Periodismo en la facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid y lleva más de veinte años dedicado a la comunicación. Ha trabajado para el diario *ABC* y la agencia de noticias *EFE*. Actualmente, se dedica a la comunicación política, aparte de desempeñar el cargo de jefe

de prensa de la Asociación Española de Escritores de Terror NOCTE. El autor alterna la creación de relatos fantásticos y de terror para adultos con la escritura de libros de narrativa infantil y juvenil de carácter pedagógico, varios de ellos destinados a la promoción de la lectura en el ámbito docente y el aprendizaje de idiomas.

Mikel Rodríguez Álvarez (Oiartzun, 1967) es profesor de Historia en el instituto del valle del Baztán, epicentro de actividades brujeriles y pactos satánicos. Ha publicado diversas monografías en las editoriales Txalaparta, Pamiela y Txertoa. Sus libros *Sacamantecas y otros relatos vascos de terror* (Txertoa, 2011) y *Caperucita y otros relatos vascos de terror* (Txertoa, 2013) fusionan algunos hitos del género de terror con la mitología e historia vascas. En este relato retoma a los protagonistas de *Sacamantecas* en su eterno nomadeo.

